



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatros y sus consecuencias*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Fé de erratas de una Gaceta*, por D. Francisco Flores Arenas. = *El día de difuntos*, por D. Ricardo Cardeluz y Jurado. = *Episodios de la vida de un hombre célebre*, por D. Fernando Martínez Pedrosa. = *Correspondencia*. = *Geroglífico*.

TEATROS Y SUS CONSECUENCIAS.

El en otro tiempo tan bullicioso teatro del Balon acaba de darnos una muestra de sí mismo en sus buenos días, con motivo de cierto estrepitosísimo incidente que vino allí como llovido la noche del viernes de la anterior semana. Este fué el caso.

Egecutábase, entre otras cosas, *El Duende*, zarzuela impersonal cantada no mas que por la Srta. Ramirez, con acompañamiento de ladridos y maulllos por el resto de la compañía. Aquello era una muestra de lo que debiera de haber sido sin duda la zarzuela allá en los tiempos primitivos, en la época de Abel y de Cain, ó por lo menos del arca de Noé.

Como no era ninguna compañía de cantantes la que la egecutaba, no se hiló delgado, y por aquello de *hace lo que puede*, razon que pocas veces es una razon, se iba saliendo del paso sin oposicion formal de parte del público; pero la cosa mudó repentinamente de aspecto, segun vamos á narrar en breves palabras.

Llególe su vez á la cancion de la florera, que como se sabe es uno de los números de la partitura, y cantada que fué por la Srta. Ramirez se pidió su repeticion, á lo que accedió en el acto la autoridad que presidia. Concluida, comenzóse á exigir á voz en grito que se cantase por la misma artista *La Juanita*,

OCTÜBRE.

cancion no anunciada para aquella noche. El señor teniente de alcalde, fundado á lo que parece en un artículo del reglamento interior para los teatros, dejó inmóvil el cartel sobre la barandilla del palco en señal de negativa, y ya aquello comenzó á ser desde este instante una verdadera merienda de negros. Los actores quisieron continuar, pero las voces de fuera los obligaron á eclipsarse uno tras otro, no sin dirigir antes su vista ora á la autoridad y ora al público, cual si quisieran decirles: *perdonen ustedes, que yo no tengo la culpa*. La Srta. Ramirez, Elena de aquella Troya, colocada por largo rato en una violentísima posicion, se retiró al fin, y el telon cayó en el mismo punto, dejando sin concluir la zarzuela.

Aquí redoblaron con mayor fuerza los gritos; rompióse en silbidos; la autoridad dió muestras de querer hablar, pero se le negó la palabra porque se habian dejado de temer las obras, y en medio de aquel espantoso vocerío se bailó allí de cualquier modo una copla de boleras, de que nadie se cuidó, mientras subido sobre su asiento tal cual fogoso orador interpelaba con la voz y el gesto á la muda y parálitica presidencia.

La funcion del cartel habia dado fin, pero no la otra que habia principiado á tener lugar de telon para afuera. Un grupo obstruía las salidas del coliseo, y al retirarse la autoridad comenzó aquel á seguirla con mayor gritería aun que antes y no menos agudos silbidos. El grupo, adicionado con todos los chicos que piden contraseñas á la puerta, con todos los desharapados zagalones del barrio, y con todos los inquilinos de ambos sexos de las accesorias del campo del Balon y sus arrabales, seguia su magestuosa marcha, no sin sorprenderse al observar que la respetable fuerza compuesta de municipales, de guardias civiles y de tropa que al par salia en aquel momento del teatro, no se hubiese empleado para poner á raya tan escandalosa demasia. En-

tonces se ratió en la idea que ya antes de comprometer el lance se habia formado respecto á él, y es que podia atreverse á todo. Los públicos tienen para esto tan buen olfato como los chicos de escuela lo tienen respecto á las disciplinas del maestro.

No vimos mas; pero de público se dijo que despues de que recorrieron media ciudad en son de bulla sin que nadie les digera nada, al cabo parece que se hubo de intimar á aquellos ardientes filarmónicos la órden de que se separasen, renunciando á cierto proyecto de ovacion, improvisada en medio de su fervor.

¡Lo que puede el amor al arte!

Ahora bien, ¿qué debió hacer la autoridad? ¿Qué debió hacer la parte del público peticionario? Nosotros solo diremos lo que habriamos hecho en el lugar de cada uno.

Ante todo no habriamos llevado nuestros escrúpulos hasta el punto de negar una peticion que antes de hacerse en tumulto se habia formulado de un modo cortés y por el intermedio de respetables personas. ¿Qué perjuicio habia en acceder á una súplica tan inocente, cuando se respondia de la buena voluntad de la Srta. Ramirez? ¿Qué justicia, qué derecho hay para despojar á la presidencia de una prudente latitud en sus atribuciones á fin de que en casos análogos por sí discrecionalmente resuelva, toda vez que se la obliga á arrostrar graves compromisos? ¿Se tiene allí no menos que á un alcalde para darle la consigna de un simple centinela?

Pero en caso de que creyésemos no poder acceder á lo que se nos pedia, entonces habriamos hecho respetar la autoridad sin consideraciones de ninguna especie, no permitiendo ni tolerando que se hollase por nadie, puesto que contábamos, como allí los habia, con medios sobradísimos para ello.

Mas en el supuesto de que hiciésemos parte del público peticionario, habriamos comprendido que todo lo que podiamos hacer era pedir, pero nunca exigir, porque ningun derecho tiene nadie en un teatro para que se egecute lo que no está anunciado en el cartel.

Véase ahora lo que va de esto á las escandalosas escenas de la noche del viernes, y que recordamos hasta con rubor.

Concluimos este punto con una observacion importante respecto al teatro en que tuvo lugar. No fué su público habitual de los lunes, no fué el público de sus funciones de á real, no fueron las mangas de camisa de sus cazuelas y tertulias quienes esto hicieron. Entonces se habria dicho: *Al fin gente del Balon.*

Basta para que se nos entienda.

Del Principal diremos muy poco.

La compañía sigue entablándose, y ciertamente no con mala fortuna. Se ha puesto en escena *El relámpago*, zarzuela que aunque nunca representada en este teatro, lo habia sido mucho en el Balon, y por tanto era muy conocida.

En ella las dos primeras tiples Sras. Solera y Giordano han cantado juntas y han alcanzado bastante aplauso. El tenor Grau se ha presentado por primera vez. Su voz es verdaderamente de tenor, cosa no comun, y de agradable timbre; pero es muy poco firme, y cuando se esfuerza se vá fácilmente del seguro. Por eso ha agradado en los cantos que no exigen fuerza, ó en los que él no la lleva imprudentemente mas allá de lo que puede.

Ninguna otra verdadera novedad ha habido, al menos hasta la fecha que escribimos el presente; pero parece que se preparan no pocas, y que comenzarán muy en breve.

Las aguas han empezado á echar del Circo á sus numerosos aficionados, y como además se asegura que cesa en sus funciones muy pronto, el público del Principal ha principiado ya á tomar cuarteles de invierno en su teatro.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Fé de erratas de una Gaceta.

¡El diantre es la Gaceta! Está visto; no hay quien la haga renunciar á sus antiguas mañas.

Tal esclamábamos nosotros, no sin reirnos allá para nuestro capote, al leer un reciente número de aquel diario en el que se inserta el catálogo de la Exposicion general de Bellas Artes verificada en el presente mes. A poquísimos de los espositores allí mencionados conocemos; pero en la reseña de esos poquísimos, ¡cuántos errores, cuántas omisiones graves observamos!

Ahí va el testo.

„Rodriguez Losada (D. José M.^a) con merced en el hábito de Santiago, natural de Sevilla, premiado con la medalla grande de plata de Cárlos III en la esposicion celebrada en Sevilla en 1843: con la medalla de oro en las esposiciones celebradas por la Academia de Bellas Artes de la misma ciudad en los años de 1854 y 1856, etc.”

No hay semejante cosa. Estas dos medallas de oro fueron adjudicadas al Sr. Rodriguez Losada por la Academia de Bellas Artes de Cádiz en las esposiciones que ella promovió, segun acostumbra á hacerlo cada dos años.

Señora Gaceta, ¿por qué defrauda V. de es-

te mérito, á la Academia de Cádiz y se lo cuelga al vecino que halló mas á mano?

Siguen las erratas y siguen los Rodriguez. "Rodriguez (D. Ramon) natural de Cádiz: discípulo de la Real Academia de S. Fernando y de Mr. Leon Cogniet, en París."

Aquí debe de haberse comido la Gaceta un par de renglones por lo menos.

En efecto, despues de "discípulo" debe decir: "de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz; pensionado en Madrid y París, á propuesta de la espresada Academia, por el Excmo. Ayuntamiento de la misma ciudad;" y en buen hora encaje despues lo de la Real Academia de S. Fernando y lo de sus particulares maestros en el extranjero. Véase todo lo que falta, que algo es.

Y volvemos aquí á decir á la señora Gaceta: "¿No conoce V. que con semejante omision (que tal ha de ser sin duda) priva al pueblo de Cádiz, á su Ayuntamiento, á su Academia, de la gloria de haber promovido y realizado un pensamiento tan noble como el de fomentar el arte y estimular á los que á él se consagran, en las personas de algunos de sus hijos, de sus discípulos, de los que les deben en primer término lo que son y lo que puedan acaso llegar á ser? ¿Así sin mas ni mas han de pasar desapercibidos los servicios, los cuidados, el interés, la generosidad de corporaciones tan dignas y tan respetables? ¿Hallala V., señora mia, que sea agradable cosa para un pueblo que no rehuye sacrificio alguno en pro de las artes y en ventaja de sus propios hijos, el ver que estos sacrificios, ya que no se agradezcan, que eso no se usa, siquiera no se publiquen?"

Pero ya íbamos tomando la cosa casi por lo serio, y á fé que, bien mirada, no lo merece.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL DIA DE DIFUNTOS.

*Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres...*

HORAT.

Venid, llegad mundanos
A la mansion de paz y de reposo:
No turbeis inhumanos
Con acento orgulloso,
Su silencio profundo y misterioso.

Llegad, y de la tumba
Mirad el seno cóncavo y oscuro,
Y mientras el viento zumba

En el ruinoso muro
Hundid las frentes en el polvo impuro.

Venid, que la sagrada
Verdad ante la vista se presenta:
La muerte descarnada,
Muda y pálida ostenta
Su faz horrible, su segur sangrienta.

Venid, venid ahora
Que en silencio descansa la natura:
Venid, llegó la hora
De contemplan la dura
Realidad de la vida y su locura.

Esechad ese lento
Gemido que rasgó la niebla fria;
Es el medroso viento
Que en la arboleda umbría
Silba y remeda un grito de agonía.

Con planta temerosa
Llegad ante la huesa carcomida;
Fantasma pavorosa
De tinieblas vestida
Vela al dintel la tumba ennegrecida.

Contemplad silenciosos
Del hombre los despojos esparcidos:
Meditad pesarosos
Tristes y conmovidos,
En lo que habeis de ser ¡ay! convertidos.

¡Miseria y espantable
Realidad con la vida comparada!
La parca inexorable
Con su segur airada
Todo lo torna en ilusion, en nada!...

¿Qué vale la grandeza
Contra el poder de la invencible muerte?...
¿Qué vale la riqueza?
¿Qué puede el brazo fuerte
Si ante ella queda anonadado, inerte?...

Todo, todo destruye
Su soplo abrasador y enfurecido;
Y mientras el tiempo huye
Rápido y atrevido,
Generaciones hunde en el olvido!

Ven, monarca orgulloso,
A quien halaga la fugaz ventura
De un mundo vanidoso:
Contempla con pavora,
Que tu trono es aquí la sepultura!

Que toda tu grandeza
Que te brinda placer brillante y vario,
La muerte con presteza
En lecho funerario
Envolverá en su lúgubre sudario.

Llega, marcial guerrero,
Que ciñes el laurel de la victoria
Indómito, altanero;
Mira, mira tu gloria
Desecha en polvo y deleznable escoria.

Tú que ayer en el mundo
Mostrabas tu arrogancia y energía,

Hoy en el lodo inmundo
Duermes en la sombría
Mansion estrecha de la tumba fría.

Y tú, muger hermosa,
Que ostentas fátua tu sin par belleza,
Ven, y ante aquesta fosa
Que hundirá tu altiveza,
Dobla tu frente, humilla tu cabeza.

¿Dónde está la sonrisa
Que animaba tus labios seductores,
Suave como la brisa
Que en la estación de amores
Susurra rumorosa entre las flores?...

¿Dónde está la frescura
De tus mejillas de marfil y rosa?...
Dónde está la dulzura
De tu voz melodiosa
Que un tiempo resonara cadenciosa?

¡Ay pobre flor nacida
Para ser por el viento deshojada
Y en polvo convertida!...
¡Pobre flor marchitada,
Por furioso aquilon arrebatada!

¿Qué es del hombre la vida?
Frágil barquilla que al correr la suerte
En mar embravecida,
Impulsa el Noto fuerte
A las playas terribles de la muerte!

Y allí desmantelada,
Roto ya su velamen y esparcido
Por la onda alterada,
Yace en eterno olvido:
¡Ni un recuerdo quedó de lo que ha sido!

.....

Venid, llegad mundanos
A la mansion de paz y de reposo:
No turbeis inhumanos
Con acento orgulloso,
Su silencio profundo y misterioso.

Abandonad, mortales,
La falsa pompa y la inquietud mundana:
Tal vez los funerales
Ecos de la campana,
En vuestra muerte sonarán mañana!

Tal vez mañana el viento
Gemirá en vuestra tumba pavoroso
Con fúnebre concento:
Todo será reposo:
Todo también silencio magestoso.

RICARDO CARDELUZ Y JURADO.

EPISODIOS DE LA VIDA DE UN HOMBRE CELEBRE.

I.

Terrible y horroroso aspecto presentaban

las turbulentas aguas de Lepanto el día 9 de Octubre de 1571. Teñidas en la sangre de tantos valientes como iban sucumbiendo en el ardor de la pelea, ofrecían á la vista un cuadro tristísimo y desolador. Espesa niebla de balas inundaba el espacio, que unida al humo de la pólvora, según dice un famoso historiador, oscurecía enteramente el sol, de manera que el día parecía noche. Los lastimosos ayes del moribundo apenas se dejaban oír, confundidos con el estruendo del cañon, la feroz gritería de los jenízaros y el prolongado sonido de clarines y trompetas.

Entre las escuadras, y en la que mandaba Agustín Barbárico, que fué de las que mas sostuvieron el combate, distinguíase por su heroico valor la galera Marquesa de Juan Andrea Doria, y al mando de Francisco Sancto Prieto. En esta galera se encontraba antes de comenzar tan devastadora lucha, postrado de resultas de unas fuertes calenturas, un valeroso español. Mas así que D. Juan de Austria hizo enarbolarse en lo mas alto de su galera el estandarte de la Santa Cruz, y con un cañonazo los preparó á todos para la batalla, este español exánime y sin fuerzas, acudió con presteza á colocarse en el sitio que le correspondía. En vano su capitán y demás compañeros le instaron repetidas veces á que se retirara al entrepuente, pues que entonces inspirado de nuevo ardor para la pelea suplicó á aquel que le colocara en otro punto mas expuesto, á lo que accedió el capitán, destinándole con doce soldados al lugar del esquite.

Descolló con sumo valor la Marquesa en tan terrible trance, y abordando á la capitana de Alejandría, le destrozó cerca de 400 turcos incluso el comandante, alcanzando el estandarte real de Egipto! Durante tan horrible y sostenida refriega, otro soldado llamado Villaroel, observó que aquel guerrero famoso iba perdiendo las fuerzas en términos de no poderse sostener, hasta que dió en el suelo con su cuerpo, inundado de sangre. Conmóvióle esta escena, y acudió en el instante al socorro del mas querido de sus compañeros, al que veía en inminente peligro. Efectivamente, desde que el herido concurrió á fines del año de 1570 para alistarse bajo las órdenes de Marco Antonio Colonna, habían servido siempre, sin separarse una sola vez, en la compañía mandada por Diego de Urbina, capitán valerosísimo. De esta manera se habia ido fomentando esta amistad, la que llegó á engendrar un cariño del que no podían prescindir ninguno de estos soldados, modelos ambos de acrisolada lealtad y de heroismo. Así, en el momento en que Villaroel se acercó á su compa-

ñoero, le prodigó cuantos auxilios fueron necesarios, para evitar que se agravasen sus heridas. El infeliz había recibido dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, de bastante consideración.

Terminada esta batalla, una de tantas que han cubierto de honor á la Española monarquía, y que ocupa un lugar tan preferente en los anales de nuestra historia; despues de una corta estancia en el puerto de Petéla, para reparar las pérdidas y averías ocasionadas, fueron conducidos los heridos á la ciudad de Mesina, en cuyo puerto entraron gozando de tan glorioso triunfo con todas las demás tropas el 31 de Octubre; arrastrando las banderas cautivas por el agua, llevando á remolque las infinitas galeras del enemigo, y envueltos en las populares aclamaciones y estremado regocijo de sus habitantes. Allí estaba preparado el hospital para los heridos, y allí fué donde tuvo el doloroso sentimiento de abandonar el soldado Villaroel á su compañero, si bien algo consolado con la esperanza de que pronto terminaria su curacion, y regocijado por la distincion con que don Juan de Austria, al visitar á los enfermos, le habia señalado tres escudos mensuales para cuando se hallase en estado de volver al servicio de las armas. El dolor y la afliccion que se apoderó de estos dos leales compañeros en el instante de su separacion, es difícil espresar. Villaroel, sin abandonar el lecho donde yacía postrado el valeroso soldado de la Marquesa, le tendió la mano con toda la efusion de su alma, trémula al pensar que acaso sería por última vez.

D. Juan de Austria habia concebido el proyecto de arrojar á los turcos de Europa y perseguirlos hasta Constantinopla; pero lo avanzado de la estacion le hizo desistir de esta idea. Los venecianos, cansados de la guerra, llegaron á desentenderse de la liga, y gravemente distraído Felipe II con las continuas turbulencias de los Países Bajos, no permitió á D. Juan de Austria que se alejase de su lado. Sin embargo, aun no habia trascurrido un año, cuando temiendo el duque de Alba y Requesens la invasion de Flandes y de la Lombardía, por los indicios que habia de que el francés trataba de introducir la guerra en ambas partes, espusieron sus zozobras á D. Juan, el cual, por mandato del rey D. Felipe, se dispuso á sostener la guerra contra los turcos, previniendo el ejército y armada con el fin de acudir lo mas pronto posible á socorrer á la Lombardía, en caso de la invasion que se sospechaba. Navegó luego á Grecia, arribando á Corfú, donde recibió á Colonna con otros

de los suyos, despues de haber sostenido una reñida pelea con los turcos, á tiempo que la armada confederada se encaminaba á este punto y mas tarde á Cefalónica, con otra armada de ciento setenta navíos, galeras y galeazas: mas habiendo tenido noticia de que el enemigo se hallaba en Navarino, convinieron esperar, para hacerse dueños de la entrada del puerto; pero equivocados los pilotos dirigieron la armada á la isla de Prondo, distante ocho millas de Pylos, desde donde la habian reconocido, huyendo de allí inmediatamente á Modon puerto bastante fortificado. Entonces fué estremado el dolor de D. Juan de Austria al pensar que se le escapaba de entre las manos la victoria. En vano trató de inducir al bárbaro á la pelea; en vano intentó acometer con sus fuerzas reunidas al puerto de Modon: este proyecto fué desaprobado en consejo de guerra por considerarle los demás capitanes demasiado espuesto y arriesgado. Por último, despues de salvarse del peligro casi toda la tripulacion, entró D. Juan felizmente en el puerto de Mesina.

Restablecido totalmente el compañero de Villaroel, volvió á fines de Abril de 1572 al servicio, habiendo sido incorporado al tercio de D. Lope de Figueroa. Notábasele la falta de algunos dedos y en bastante mal estado su mano izquierda: sin embargo, esto no le hizo retroceder; antes bien ardió con mas fortaleza en su pecho la sed de gloria, el insaciable afán de adornar su camino con nuevos laureles que siempre le habia animado. El primero y uno de sus mas ardientes deseos, fué el trasladarse al servicio de su antiguo gefe, porque anhelaba volver á lidiar con sus valerosos compañeros de la galera Marquesa. Al fin, pasado algun tiempo hubo de realizarse esta esperanza, que él habia ya olvidado por imposible: fué destinado y concurrió á la jornada de Levante, á las órdenes de Colonna, y despues á la empresa de Navarino bajo las del generalísimo. ¡Pero cuál fué su sorpresa, cuál su sentimiento, cuando buscó en vano en todas ellas á Villaroel, en quien habia depositado todo su cariño y confianza! Indagó, preguntó á los pocos compañeros que no habian sucumbido si tenian de él alguna noticia; todo fué inútil. Despues de algunos meses de malograda esperanza, no le restaba á este soldado mas que rogar á Dios por él, y así lo hizo persuadido de que el infeliz habia sido víctima de los furores de la guerra.

II.

Corria el año de 1605, cuando tenia asiento

la corte del señor rey D. Felipe III en la ciudad de Valladolid. Los habitantes de ella recordaban todavía con regocijo las plausibles fiestas que habían tenido lugar con motivo del nacimiento de Felipe IV, y de la llegada del almirante de Inglaterra, el que desembarcó en la Coruña con seiscientos ingleses. Venía con el objeto de que el rey católico ratificase las paces que el año anterior había ajustado con Jacobo I, por mediación de Juan Fernandez de Velasco, condestable de Castilla; con este motivo, y para solemnizar tan faustos sucesos, se celebraron en la corte varias fiestas, en las que el rey y la grandeza de España hicieron ostentación de su esplendidez y opulencia.

Era la noche del 27 de Junio, el reloj apuntaba poco mas de las diez y media, cuando un hombre que vestía ropilla de raso con trefillas y con el hábito de Santiago, jubon también de raso con mangas de tafetan, calzones negros de obra, la capa de mezcla y con espada y broquel, dirigíase con apresurado paso por el campo adelante hacia la puertecilla de madera del Esgueva; mas al llegar á este sitio, percibió los sonidos lejanos de varios instrumentos, y fijando un poco mas su atención advirtió que era una música, la cual escuchó silencioso unos instantes. A poco aquellos sonidos iban apagándose, y apenas se oían los acordes acentos de la pequeña orquesta, cuando al disponerse el caballero á seguir su camino le halló interceptado por un hombre de mediana estatura, y cubierto con un largo ferruero negro, que le gritó con voz ronca y desentonada.

—Atrás!

El interpelado, situándose en el centro de la calle, respondió á su adversario con una calma bien poco común:

—Decid quién sois, y con qué motivo me cerrais el paso.

—Atrás! volvió á repetir adelantándose el hombre del ferruero negro.

—Por Santiago! que voy perdiendo la paciencia, y que si no despejais la calle, he de hacer, mal villano, con vos un escarmiento; exclamó el rondador del hábito de Santiago, desvainando con prontitud la espada.

—Atrás! atrás! balbuceó con furia otra vez el de lo negro; por aquí no pasa nadie á no ser por encima de mi cadáver!

—Pues bien, sabe que ningun caballero retrocede, repuso su interlocutor; y que he de continuar mi camino haciendo antes contigo un escarmiento.

Y adelantándose ambos, cruzaran con arrojo sus espadas, sosteniendo la pelea por unos

instantes, hasta que faltándole terreno al provocado, efecto de las agudas heridas que había recibido, vino á dar con el cuerpo en tierra. Levantóse con dificultad, y al intentar empeñarse de nuevo en la pelea, recibió otra terrible y penetrante estocada de mano de su adversario, que le obligó á retroceder, resbalando y pidiendo socorro con balbuciente voz, dirigiéndose maquinalmente á la puerta de la casa mas inmediata, donde vivía, entre otras personas, doña Luisa de Montoya, viuda de Estéban de Garibay y Zamalloa, cronista y aposentador de S. M. El retador entonces huyó con preseteza por la calle arriba, con dirección á la puerta del campo.

A las voces lastimeras del herido acudió inmediatamente un clérigo, hijo de doña Luisa, llamado don Estéban, el cual viendo el mal estado en que aquel se hallaba, llamó á algunos de sus vecinos, quienes le ayudaron á trasladarle á la próxima habitación, en cuya sala la viuda de Garibay extendió unos colchones, y allí fué colocado el exánime caballero. Llamóse á un cirujano; este declaró que tenía en el vientre una herida mortal. Acudió el marqués de Falces, capitán de los arqueros de Felipe III, é igualmente otro personage, conocido ya del lector, el cual, acompañado de alguaciles y escribano, dió principio á las diligencias judiciales. Era este don Cristóbal de Villaroel, entonces alcalde de casa y corte de la ciudad de Valladolid, y que hacia 34 años había cooperado á la gloriosa hazaña que en el golfo de Lepanto obtuvieron las valerosas armas españolas. El amigo constante y leal que tantas, y tantas veces se lamentara de la pérdida del compañero con quien había compartido en otro tiempo, así laureles de la guerra como las privaciones y los infortunios, á manera de dos vigorosos y lozanos arbustos que crecen enlazados, participando á la vez, ora de los vivificantes rayos del sol de primavera, ó en el invierno, del crudo azote del huracán devastador que los maltrata; Cristóbal de Villaroel se entristecía al pensar que la suerte había desenlazado su existencia de la del noble español que un día combatió á su lado en la Marquesa.

Disponíase pues, á tomar las primeras declaraciones, pero el haber reclamado el herido los auxilios espirituales, impidió que se verificara con la necesaria brevedad esta diligencia. Despues reconocidos por los alguaciles los vestidos del moribundo, cuyas heridas se agravaban por momentos, supose que este era don Gaspar de Ezpeleta, caballero del hábito de Santiago, natural de Pamplona, que siguiendo á la corte habíase trasladado de la de Ma-

drid á aquella ciudad, y que estaba hospedado en una posada, en la cual, aunque servido de dos pages y un lacayo, su ajuar era modesto y y sus gastos limitados.

Recibió al fin los sacramentos; empeoráronse mas y mas sus heridas, especialmente la de mas gravedad que la tenia en el vientre, y por la cual se salia parte del redaño, y falleció el dia 29 de Junio.

Pero retrocedamos al momento de aparecer don Cristóbal de Villaroel en la habitacion donde tuvo lugar el funesto suceso que acabamos de recibir. El alcalde de casa y corte se hallaba preocupado y buscando la manera de descubrir al asesino de don Gaspar, y no habia parado mientes en las personas que rodeaban su lecho prodigándole toda clase de auxilios; mas al volver la vista al lugar de aquella escena de dolor, á los rayos de la pálida luz que oscilaba bañando débilmente la estancia y los rostros de los circunstantes, creyó ver por un momento un semblante noble, aunque arrugado, el cual solia algunas veces presentarse á sus ojos como una ficcion de su deseo. Desvanecida esta aparente ilusion, la luz volvió á colorar la magestuosa faz de aquel hombre en quien Villaroel instintivamente habia vuelto á clavar la vista; acercóse á él, y entre tanto la mirada penetrante del desconocido cruzóse con la del alcalde, trémulo de gozo y de sorpresa: un instante despues, sin pronunciar una palabra y dejándose tan solo escuchar algun ahogado sollozo, vióse como estos dos personajes, impelidos á la vez por una fuerza misteriosa y superior, abrieron los brazos sepultándose en ellos mutuamente. El alcalde de Valladolid habia reconocido al soldado de la galera Marquesa, al mismo tiempo que este advertia lleno de júbilo que tenia delante á su antiguo amigo Villaroel.

Instruyóse el proceso criminal en averiguacion del autor de aquel homicidio. De las declaraciones recibidas para el esclarecimiento del hecho no resultaron indicios suficientes de culpabilidad, pero las sospechas recaian en los vecinos de la casa donde se habia amparado D. Gaspar de Ezpeleta y se les recibió declaracion. El soldado de la Marquesa y sus convecinos viéronse envueltos en esta causa y fueron encarcelados. Ay! nueva amargura con que el destino habia puesto á prueba la virtud del guerrero de Lepanto. Pero la justicia es inmutable, el desagravio debia enjugar aquellas lágrimas. Varios otros confesantes hicieron la señal de la cruz en holocausto de la inocencia, el tribunal pesó en su balan-

za la verdad, y á principios de Julio de aquel año, un hombre célebre y honrado, que devoraba el sentimiento de haberse visto complicado en un proceso denigrante, fué absuelto.

El dia 13 de Abril de 1606 tuvo D. Cristóbal de Villaroel necesidad de trasladarse á Madrid, y con este motivo el sentimiento de abandonar segunda vez al amigo de su juventud, al compañero con quien guerreó en Lepanto. Este adios no fué tan pobre en esperanzas como el que le habia antecedido: entonces, al decir de los dos amigos, la corte de Madrid seria el punto en donde ambos volverian en breve á abrazarse otra vez. ¡Frágil esperanza que los hizo á los dos separarse, acaso para siempre, sin enternecerse ni exhalar un suspiro!

III.

El dia 24 de Abril de 1606, un modesto cortejo fúnebre que habia partido de una casa de la calle de Francos de Madrid, atravesaba la del Leon, y dirijíase paso á paso al convento de las monjas Trinitarias. Se componia este de un reducido número de personas, la mayor parte de las cuales eran terceros de la Orden de S. Francisco, por lo que, y al ver la cara descubierta del cadáver que llevaban á enterrar, se deducia que era algun hermano de esta santa orden. El lúgubre y misterioso aspecto de estas ceremonias, hace que nos entreguemos, aunque sea por cortos instantes, á una profunda y dolorosa meditacion: así es que cuanto mas avanzamos hácia la tumba, cuantos mas años vamos dejando atrás en nuestra breve y atribulada carrera, tanto mas fijamos nuestra atencion, tanto mas pensamos detenidamente en ese desenlace fatal del drama de nuestra vida, en ese inevitable desenlace que nos arroja de este mundo á otra existencia.

Marchaba en silencio la fúnebre comitiva, y tan solo se oian algunas frases entrecortadas del salmo *De profundis*, que murmuraban fervorosamente los hermanos de San Francisco. Algunos llevaban los ojos preñados de lágrimas, otros, inclinada la cabeza sobre el pecho, apenas dejaban ver sus facciones comprimidas por el dolor.

Esto sin duda les impidió observar una escena que tuvo lugar durante su pausada marcha. Aun no habian desembocado en la calle que conducia al convento, cuando acercándose un venerable anciano con la cabeza descubierta á uno de los que, con candelas encendidas acompañaban al cadáver, le dijo con entrecortadas frases:

—Hermano, ¿me direis cuál era el nombre del que llevan á enterrar?

El interpelado contestó del mismo modo pronunciando el del difunto con voz solemne y angustiada. Demudóse instantáneamente el semblante del desconocido, su frente se oscureció, sus piernas flaquearon, cayó de rodillas, y sus contraidos labios apenas pudieron indicar que pronunciaba estas palabras: «Ayer infeliz.... hoy dichoso, porque la muerte acaba de ceñir á tus sienes la aureola eterna de la gloria. El genio solo recibió siempre su recompensa mas allá de la tumba!» Despues oró, y elevando su nublada vista hasta los cielos, vióse resbalar por su arrugada megilla una ardiente lágrima; lágrima que Cristóbal de Villaruel consagraba á la memoria de MIGUEL DE CERVANTES Y SAAVEDRA.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don I. C.: *Santiago*.—Los números publicados en este mes, á escepcion del cuaderno 44 correspondiente al primer domingo, que lo recibirá con el presente, se le remitieron el día 26.

Sr. Don M. D. T.: *Reus*.—Id.

Sra. D^a F. H.: *Búrgos*.—Id.

Sr. Don S. de R.: *Las Olivas*.—Id.

Sra. D^a I. B.: *Villagarcía*.—Id. El número 37 se le ha duplicado el día 26. El nombre que pide se estampará en el patron de Diciembre.

Sr. Don M. B.: *Motril*.—Id. El almanaque cromo litografiado lo recibirá cuando se publique.

Sra. D^a C. V. y P.: *Figueras*.—Con este número se le duplica el cuaderno del primer domingo del presente mes.

Sr. Don M. Ch.: *Barcelona*.—Id.

Sr. Don J. R.: *Utrera*.—Queda tomada nota de la suscripcion que avisa en la suya del 23. Estando concluido el patron de Noviembre, no puede estamparse en él las iniciales que desean esos Sres. Suscritores; pero se les complacerá en el de Diciembre.

Sra. D^a M. C. de G.: *La Bisbal*.—El día 27 se le ha remitido un catálogo de las obras que á principios de este año destinamos para regalar á los que anticipasen un año de suscripcion. Al elegir V. las que le convengan, cuyo valor no debe esceder de 60 rvn., debe tener presente que muchas de las que espresa ese catálogo están agotadas.

Sr. Don A. R. de M.: *La Roda*.—Id. Se han recibido los sellos para renovar su suscripcion hasta fin de Julio de 1859. Estando concluido el patron de Noviembre, no podemos complacerle hasta que se estampe el de Diciembre.

Sr. Don M. F.: *Salamanca*.—Se han recibido los sellos para suscribir á la Srta. D^a M. F. hasta fin de Enero de 1859.

Sr. Don V. B. P. de L.: *Valencia*.—Id. para la suscripcion de D^a M. P. de B.

Sra. D^a F. R. de C.: *Tamarite*.—Queda V. suscrita por un año desde 1^o del actual. Con este número recibirá el cuaderno del primer domingo del mes: los demás que se han publicado, se pusieron en correos el día 25, con dos de las obras que pidió co-

mo regalo. De la otra que pide no queda ningun ejemplar.

Sra. D^a M. E.: *Olot*.—Por la suya del 16 vemos que ha recibido por duplicado el figurin de este mes, del cual puede disponer, porque no se sigue perjuicio á ningun suscriptor.

Sra. D^a C. R.: *Utrera*.—Se han recibido en sellos el importe de su suscripcion hasta fin de Noviembre.

Sra. D^a J. M.: *Puente de Hume*.—Queda renovada su suscripcion por 3 meses desde 1^o de Noviembre.

Sr. Don L. F.: *Castellon*.—Hasta el día 21 de este mes no hemos recibido aviso para tomar nota de su suscripcion; por tanto, no está en la Administracion del periódico la falta de que se queja.

Sra. D^a C. F.: *Toledo*.—Todo suscriptor á nuestro periódico tiene derecho á pedir que en las hojas de patrones se estampen las cifras, dibujos ó adornos que gusten; esto es lo que hemos ofrecido por estar en el círculo de nuestra posibilidad y porque el hacerlo de otro modo seria sujetar el gusto ó las necesidades de uno al de los demás. El dibujo que nos pide en la suya del 21 no es un objeto que podamos dar en los patrones; sin embargo, deseando complacer á V. hemos encontrado en nuestras colecciones un dibujo tal cual apetece, y se lo remitimos particularmente.

Sr. Don J. A.: *Almería*.—Queda variada la direccion. Ayer se le ha remitido el número 36.

Sra. D^a T. M. M.: *Ayamonte*.—En el patron de Diciembre encontrará el óvalo con el nombre que pide por la suya del 24.

Sra. D^a C. M.: *Montellanos*.—Sin embargo de no haber recibido aviso para renovar su suscripcion, recibirá con este número los publicados desde 1^o de este mes. Por el correo se le escribirá particularmente.

Solucion del geroglífico anterior.

Petrarca en sus divinos cantos celebró á su bella y candorosa amante.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

